

Antonio Florido Lozano

LOS CUENTOS DEL GUAYACÁN

*Es difícil encontrar palabras
para
Dibujar el rostro hierático del
vacío,
Y más aún cuando el aire
insolente
Golpea tu piel marchita por los
años...*

Índice

I. Diálogo de ausencias.....	4
II. El General Obando.....	16
III. Fiebre.....	30
IV. La espera.....	41
V. Los vencidos.....	50
VI. Nadie sabe los años que tengo.....	67
VII. Un instante dilatado.....	75
VIII. Un día en la fábrica.....	81
IX. Arena plateada.....	90
X. El centinela solitario.....	97
XI. Amharat.....	107
XII. Detened el tiempo.....	117
XIII. Inocencia.....	132

I. DIÁLOGO DE AUSENCIAS

31 de diciembre, a las tantas,

Si anoto aquí mis confesiones, querido diario, es sólo para no morir de soledad, para no sentirme tan vacío, vacío y deshabitado. Que me han abandonado se deducirá de mis palabras, escritas desde la turbación y apasionadamente – aún me queda la pasión -.

“Tres horas llevo, en vano, esperando. Sentado a la mesa como un tonto, con las estúpidas velas rojas llameando. Mi amor se siente desvanecido, engañado. Así me trata. Siempre mortificándome, a cada ocasión, a cada capricho. Aunque hoy, día tan señalado, no lo esperaba, de seguro.

Todo el día, toda la semana, todo el tiempo se ha perdido - lo he perdido -. Tengo sueño y siento algo extraño. No es rencor. No es odio. Es...no sé, algo distinto, ajeno a mí. Pero ese algo que no sé explicar me domina, me vence. Seguir esperando o no. Continuar con los ojos de par en par a la espera de que el timbre gima o derrotarme en los mullidos brazos del sofá, para siempre. Qué hacer. Difícil. Difícil.

Apenas si se oye ahora - ¡es tan tarde! - el murmullo de la gente por las aceras. Noche que avanza ineluctable y cansinamente hacia el abismo. Noche que pasa de mí, indiferente, mirando para otro lado, que me abandona en brazos de estúpidos transeúntes en son de necias e insulsas letras archisabidas. Puse todos mis esfuerzos por que esta velada fuese diferente. Ahí mi equivocación, mi locura. Diferente para los dos, ¡qué sarcasmo! Preparé la cena. Dispuse la mesa con su mantel de ocasiones y sus copas relucientes, pulcras y transparentes. Impecable. Las velas rojas - de película de amores -, reposan a estas horas, sin embargo, malolientes y desgastadas sobre la mancha azul y plana de la mesa (estúpidas velas rojas). Todo se ha ido lejos de mí, salvo la desazón – tuve un amigo que en cierta ocasión me habló de ella, y no le comprendí – que se me ha presentado de golpe, arrolladora y violenta. Vigilo durante un buen rato al teléfono mudo. Y mi cabeza se agita como una coctelera donde los pensamientos, en constante movimiento, buscan la mezcla secreta y misteriosa.

Pronto amanecerá. Ya el año nuevo dio comienzo en todos. Pero yo he sido anclado al presente, digo bien, al presente. Para mí no hay ni sucederá otro día que el de hoy. Me resisto, me niego. Esperaré. Sabré hacerlo, aunque le pese. Aquí seguiré, en mi habitación, sentado a mi mesa, paciente y resignado.

He de confesar que jamás fui amigo de las citas porque siempre me han traído malos recuerdos y peores experiencias. Tal vez mi exigencia para con los demás haya sido cruel, excesiva, pero no puedo cambiar, ya no, es demasiado tarde. Aparte que no quiero porque he de demostrar – ni yo mismo lo creo - que soy una persona incólume, segura. Aunque reconozco que a veces mi máscara de exigente no es comprendida lo necesario.

Me consume el pecho la angustia de ver amanecer sin mi Amor susurrándome palabras tiernas. Abro. Salgo al balcón, no soporto más la esclavitud de la espera. El aire del amanecer es puro, frío, imperturbable. El cielo clarea y las estrellas se difuminan en lo alto - como un chorro de leche derramado – claras y albinas. (Estúpidos puntos brillantes de las noches).

Maldigo, maldigo la hora en que el Amor llamó a mi puerta. Otro día ha pasado, otro año, otras mentiras para digerir. Ya no puedo más. Desde aquel día todo han sido falsedades, huidas, justificaciones. Y lo peor es que yo lo percibía. Sabe mi Amor que no puede vivir sin mí y sin embargo me desprecia, me ignora. ¡Qué hará a estas horas por las calles - ya amanecidas -, sin mí! ¡Qué hará! ¡Adónde irá sin el calor de mi cuerpo, sin mis sonrisas!

La noche avejentada y mustia suda olores nauseabundos mientras los últimos imbéciles, ignorantes, no callan ni respetan mi dolor. La gente es mala, perversa. Tétrico y retorcido, el mundo. No piensan, no tienen idea

del daño que sufrimos algunos. Algunos que callamos y experimentamos el sabor del abandono, en silencio. Por eso no soporto que mi Amor, mi Vida, continúe por ahí a estas horas, a la deriva, en soledad, en medio de siniestras almas que le pierden a uno.

No debería – me digo - haberse tomado aquellas palabras mías tan en serio. Todo lo que le dije brotó espontánea y cándidamente de mi despecho, de mi rencor, de mi resentimiento. Pero, ¡cómo voy a dejar yo a mi Amor!, ¡en qué cabeza cabe semejante absurdo! Se comprende, sin embargo, que mis palabras le sentaron mal y ahora me castiga. Lo que no imagina mi Amor es que su ausencia, su huida, su abandono, no es sólo un castigo, es un sufrimiento insoportable que me destroza y me deja vacío. Porque yo sin mi Vida no sé qué hacer, soy, me veo, me siento, como perro solitario, asustado y triste. Un memo, una marioneta, un muñeco sin existencia, quieto, inmóvil, un monigote de trapo de ojos tristes y ciegos.

He notado ruido en el entresuelo. Pero no es mi Amor, no puede ser. Se trata sin duda de otra burla macabra que quiere jugar conmigo. Mi Amor siempre gira dos vueltas completas a la llave. Y no hace ruido. Será, posiblemente, el imbécil del vecino que habrá acabado la juerga y vendrá con ganas de violentar a su esposa en un sofoco carnal, impuro y hediondo. ¿Por qué no llegará ya mi Amor?, ¿no sabe acaso que con esta actitud me desespera y rompe?, ¿no imagina mi calor que no soporto los castigos tan crueles?

La noche es larga, eterna, desesperadamente eterna y dura de pasar, como un camino en cuesta y pedregoso. Me duele la cabeza. La siento hinchada como un globo de feria. He cogido el teléfono y he llamado no sé ya las veces. Nada. La voz metálica e hiriente me dice que está fuera de cobertura. Lo intento de nuevo, agarrándome a una esperanza cada vez más débil. Quizás ahora lo coja, quizás ahora - me digo -, pero siempre obtengo la misma respuesta neutra y sin alma.

_A los dos días,

Si el infierno existe, diario mío, ya lo conozco; no he salido de casa en este tiempo; sufro; me he enterado que mi amor tiene otro amor; y me duele; se me clava en el pecho como un puñal; qué otro amor puede haber llegado a su vida; qué amor, qué engaño le sucede; por qué se obceca en no llamarme siquiera para un desprecio, para una bofetada; tan sólo dos días, qué ocurrirá si se empeña en su actitud infantil de no quererme; vuelvo a llamar; fuera de cobertura; no quiere nada conmigo; diario mío, dime, qué debo hacer, aconséjame, hoja de papel querida,

_Las cuatro de otra madrugada,

Ha venido Alberto a verme; que qué me pasa, que no se me ve por ningún lado; no le he prestado apenas atención; en pocas palabras le insinué que se fuera, que su presencia me era indiferente; en verdad no

soportaba su cara de niño bien ni su aire estúpido; no necesito a nadie a mi lado; mi vida carece de sentido desde que mi amor me dejó,

_Febrero, por la mañana,

Me levanté desganado, tomé café y me afeité; aún huele a su piel, su toalla continúa en el mismo lugar, doblada y esponjosa; no me atrevo a abrir los cajones de la cómoda, me traería recuerdos hirientes; me siento vejado, una piltrafa, y salir a la calle me da miedo; la soledad y el silencio de la habitación evocan en mí su presencia ausente; lleva casi cuarenta días lejos de mí; a veces pienso si sufrirá como yo; el dolor me está matando; una separación tan prolongada es inhumano; me fundí tanto con esta persona que dejé de ser yo mismo y llegué a respirar con su pecho y a sentir con su corazón; el apartamento se me hace más pequeño con el día a día,

A las once llamó Guiller para decirme que ha visto a mi vida con Gustavo, de la mano, y que las sonrisas y la felicidad se dibujaban en sus labios; le he colgado, fulminante; siento una rabia que me amordaza, “*de la mano...*”, y contentos, alegres de la vida, como si nada hubiese sucedido; he pasado el día rumiando las palabras del mentecato de Guiller; lo que no comprendo, al fin, diario mío, es por qué me desprecia, si lo único que he hecho con esta persona es quererla, es desvivirme, es salirme de mí mismo, darme; y, sin embargo, este es el pago que recibo...

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

